

CAPÍTULO I

ENTRE EDAD MEDIA Y MODERNIDAD

1

FRAY Prudencio de Sandoval, el sabio obispo de Tuy y después de Pamplona, empieza su crónica escrita a partir del año 1600, sobre los hechos del César Carlos V, con un amplio árbol genealógico. Como primer antepasado del Emperador aparece nada menos que Adán mismo y la cadena de las generaciones comienza en el año 3960 antes de Cristo, pues nuestro cronista lo declara como el de la creación del primer hombre, y sigue ininterrumpida hasta la aparición de su héroe. En forma anticuada, cual si fuera un cantor de gestas medieval, se ayuda primero con las generaciones bíblicas, pasa luego a la tradición clásica, suma los reyes troyanos a la línea de los antepasados del Emperador —es curioso que los emperadores romanos no sean incluidos—, y va a dar así con los sicambros y los francos. La línea de los reyes merovingios le lleva hasta cierto Ottoperto el Grave. Éste debía de ser hijo de un merovingio, de nombre Sigeberto. Éste según Sandoval sería el primer duque de los alemanes. Ottoperto, hijo suyo, es el segundo, pero al mismo tiempo fue también el primer conde Abendo-Castro, de cuyo nombre, a través del vocablo Abensburgo extrae el nombre de Habsburgo.

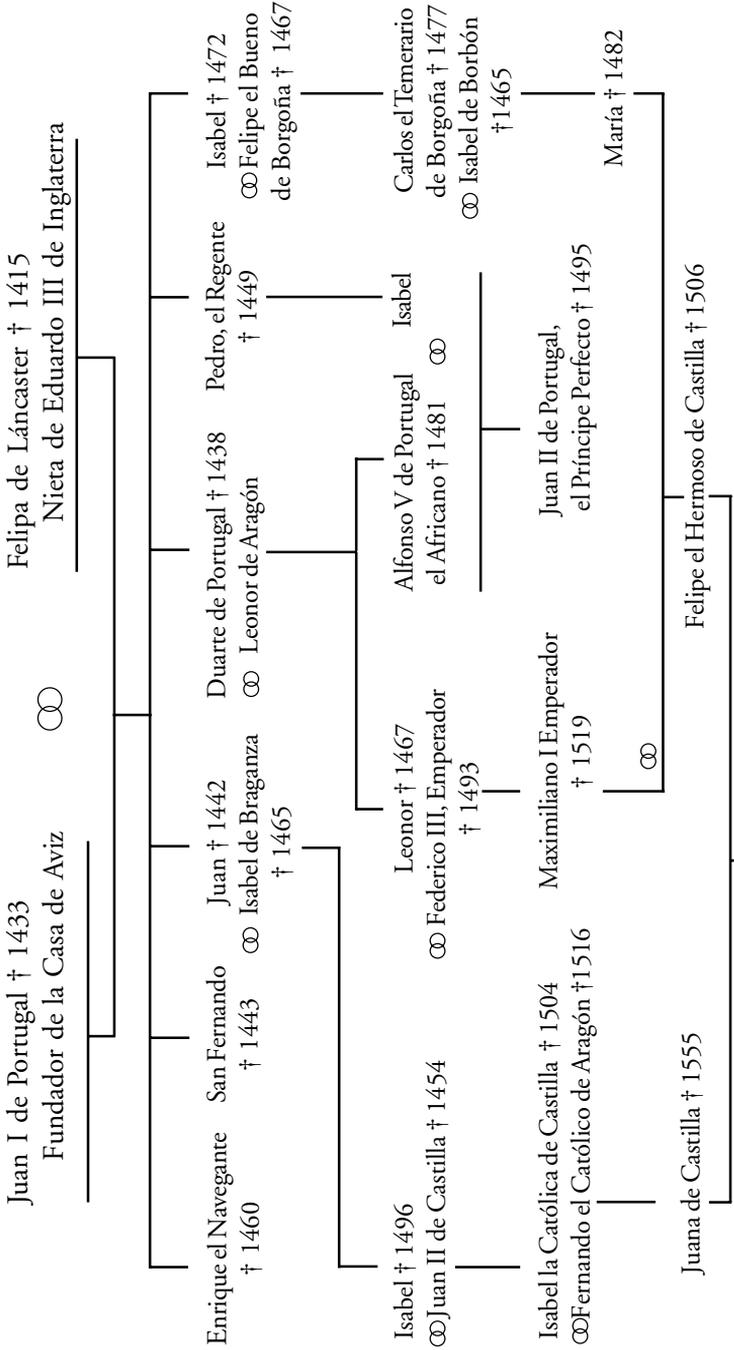
El hijo de Ottoperto fue Babo el Grato, cuya fecha de fallecimiento Sandoval dice ser el año 715. Desde este miembro en adelante

presenta la lista sin lagunas de los condes habsburgueses. Conoce al conde Gontramo de Altenburgo, a quien llama «el Fortísimo», aunque le hace vivir cien años antes de su época real; confunde el nombre de su hijo, Lanzarote, con el de la esposa de ese mismo hijo, Liutgarda, llamándolo Lutardo; también conoce a su hijo Werner, pero no sabe que éste —el constructor del castillo de Habsburgo— era obispo de Estrasburgo y por lo tanto hermano y no padre de Radeboton, o como él lo llama, Rapoto, de quien siguió la continuación de la dinastía.

Así llega, olvidándose tan sólo del abuelo del primer habsburgo real, a Rodolfo I, y de éste en adelante sus datos son genealógicamente correctos, aunque su cronología no lo sea del todo. Entonces llega por fin a los antepasados directos de Carlos, a su bisabuelo Federico III, que aseguró la corona imperial para los suyos en forma definitiva, después del corto intermedio de Alberto II. El mismo Federico fue también el que condujo la dinastía fuera de su situación genealógica, meramente centroeuropea, aunque la familia ya no era, por otra parte, exclusivamente alemana, pues su madre era una princesa masoviana. El año de 1452 casó Federico en Nápoles con Leonor de Portugal, hija del rey portugués don Duarte, hermano de Enrique el Navegante. El único hijo varón de ese matrimonio, el que había de ser más tarde el emperador Maximiliano, el «último caballero», es entonces medio portugués, al igual que su suegro, Carlos el Temerario de Borgoña, cuya madre Isabel era hermana de Duarte de Portugal y de Enrique el Navegante.

Pronto acaba Sandoval con los orígenes españoles de su héroe. Hasta Fernando IV no se trata más que de un mero recuento de nombres. No se menciona a las reinas, porque «todas sean —dice sorprendentemente el español Sandoval— de española sangre». Así que se olvida de una que no tiene su origen español sino portugués. Se trata de Isabel, esposa del rey Juan II de Castilla, madre de la gran Isabel la Católica. Esta portuguesa venía de la misma casa real de Aviz, como las dos damas antes mencionadas: la princesa Isabel era su tía y la emperatriz Leonor su prima carnal. Un cuadro genealógico nos aclarará esta situación familiar:

I TABLA



La posición de los hermanos en la tabla no sigue el orden cronológico

Tres líneas nos llevan desde Carlos V al rey Juan I de Portugal, Gran Maestre de la Orden de caballería de Aviz, y a su mujer, doña Felipa, princesa inglesa.

Si por el momento nos fijamos solamente en los miembros enfermos de este árbol genealógico, veremos, entre los antepasados de Carlos V, a su madre, declarada loca y confinada por más de cuarenta y seis años al alcázar de Tordesillas, Juana de Castilla; después a la abuela de Juana, Isabel de Portugal, confinada también por locura en el castillo de Arévalo; y por fin al rey Eduardo de Portugal, un caso serio de neuropatía.¹

Estos enfermos se equilibran con ciertos «cuerdos» que —sin estar locos ni ser sospechosos de ello— siguieron muy extraños caminos, o sea, que vivieron destinos muy fuera de lo corriente. Entre los hermanos menores del rey Eduardo, Pedro fue el héroe de un gran viaje a través de Europa cuyos objetivos no han podido ser establecidos con la debida claridad; una vez vuelto a su tierra, fue regente del reino este hombre importante, cuya mala estrella lo arrastró a un trágico fin.²

La más problemática es sin embargo la imagen de Enrique el Navegante. Fue su energía la que puso en marcha la enorme labor de los descubrimientos, aunque también su molesta tozudez fuera la que ocasionara la caída de Tánger, de cuyo recinto pudo él escapar al igual que su ejército, pero donde dejó a su propio hermano Fernando como rehén, en manos de los mahometanos. Para rescatarlo debía él devolver la primera conquista africana de Portugal a los moros, la ciudad de Ceuta. Enrique no quería sacrificar su gran plan de incorporar África al Imperio portugués, cuyo sueño él vislumbraba: obliga entonces con gran dureza, que bordea en la crueldad, a las Cortes y a su real hermano, a que no entreguen Ceuta. De esa manera queda

1. Antonio Sergio de Sousa, *Historia de Portugal*, Col. Labor, núm. 206, Barcelona-Buenos Aires, 1929, págs. 56 y 61.

2. Vitorio Nemésio, *Vida e Obra do Infante D. Henrique*, Col. Henriquina, Lisboa, 1959, págs. 119-149.

sellada la prisión perpetua de Fernando. El rey Duarte empero ordenó en su testamento que se devolviera la ciudad y se pusiera al Infante en libertad, pero es demasiado tarde. Los moros aumentan sus demandas; Portugal ni puede ni quiere ceder ante ellas. Y el Infante morirá después de dos años más de inhumana prisión en África (1443). Enrique, sin embargo, no es sólo el causante del martirio de su hermano, quien después habría de ser canonizado, sino que también ha escogido para sí mismo una vida que nos da una idea de la grandeza y la personalidad de quien evitó el seguir lo más fácil y natural.

Enrique pertenece al tipo del hombre superdotado que se crea un objetivo en la vida y lo persigue con parcialidad monomaniaca pero también con grandeza, y lo sacrifica todo, hasta a sí mismo, aunque no su objetivo.

Siendo el quinto hijo matrimonial de su padre, y el tercero de los que llegan a mayor edad, como el reino no podía tocarle en herencia, se construyó un imperio... Tras esa tarea se levanta la figura augusta, casi sombría, de este príncipe, como la de un gran señor fuerte y sólido. Al más grande de los historiadores portugueses del pasado siglo le parecía él *deshumano*. De los datos obtenemos en verdad una forma de vida bastante extraña. El Navegante bebía poco y rara vez; nunca en su vida se acercó a una mujer; y bajo su traje real llevaba el cilicio. Muchas veces le sorprendía el sol naciente sentado en el mismo lugar donde le dejó el poniente, nos dice el cronista a quien debemos estas informaciones. Poco a poco esta curiosa actitud de entronizado, este contemplar su interior y el horizonte se encuentran su escenario adecuado. Mientras vive el padre, el rey Juan, sigue a la corte cuando éstas muda. También tenía él su casa en Lisboa, como su padre y hermanos, pero ya en 1419 fue gobernador del Algarve, al sur del reino. A partir de ese año aparece cada vez más a menudo en la costa sur, aunque como Gran Maestre de la Orden de Cristo posee también una residencia en el castillo Tomar. Tras la muerte del padre, en 1433, abandona Lisboa, y también Tomar; desde 1437 se queda en Lagos, el mayor puerto de Algarve en aquel tiempo. Le atraen los *sitios ermados*, las yermas rocas del promontorio sacro de los tiempos

antiguos, el Sagres de su propio tiempo que entra en las aguas solo y salvaje por «donde dos mares, el Océano y el Mediterráneo, luchan». Sobre esta roca heroica e inhospitalaria, arriba en el alto cabo que ininterrumpidamente flagelan vientos y tormentas, se construyó este extraño príncipe su ciudad. Esta Vila do Infante había de ser un lugar poco agradable, compuesta de «algunas casas», un pequeño palacio para sí mismo, habitaciones para sus hombres de ciencia, sus marinos, armadores y frailes, y dos iglesias. La más nueva, fuera del recinto, estaba dedicada a Santa Catalina, y la más antigua, que el Príncipe halló probablemente ya sobre la roca de su Finisterre, a San Vicente, «el de los Cuervos», como se le llama. Decía la leyenda que los cuervos acompañaban y defendían el cuerpo muerto del santo en su largo viaje desde Zaragoza al lejano cabo, que fue su última morada. El príncipe de Sagres está allí ahora en esa altura rodeada de cuervos perennes, por lo menos desde 1443 hasta el año de su fallecimiento, 1460. Esa altura será para él fortaleza, palacio, puerto, lugar de investigación, escuela y convento al mismo tiempo. La curiosa colonia es el lugar de irradiación de una fuerza aguda y consciente que envía los barcos con la negra bandera, enseña del reino portugués y también de ese extraño peregrinaje, con un estupendo empuje, sin ahorrar dinero, ni energía, ni hombres, siempre hacia el sur desconocido. El guía de esa fuerza rara vez abandona su puesto; nunca zarpa con las naves hacia el sur, y en los últimos años de su vida es su situación de una autorreclusión absoluta.³ Ahora está entre sus sabios, sus navieros y sus marinos, tal cual el poeta portugués Fernando Pessoa lo vio:

Em seu throno entre o bruho das esferas,
Com seu manto de noite e solidão,
Tem aos pés o mar novo e as mortas eras
O único emperador que tem, deveras,
O globo mundo na sua mão.

3. J. P. Oliveira Martins, *História de Portugal*, 12.^a edición, vol. I, Lisboa, 1942, págs. 175-200. V. Nemésio, op. cit., págs. 166-170; Jaime cortesao, *Os Descobrimentos Portugueses*, vol. I, pág. 1, págs. 390-393.

Con él aparece por primera vez en la genealogía de su familia la figura de un príncipe cuya forma de vida elegida es una realización de su ser a través de la autorreclusión, la prisión elegida por sí mismo. De su estilo de vida lleva el camino con gran derechura a las vidas, de autorreclusión magnífica, de sus lejanos sobrinos: Rodolfo II en Hradschin, Felipe II en El Escorial, Carlos V en Yuste.

2

El padre del príncipe de Sagres, el rey Juan, fundador de la dinastía de Aviz, era, al mismo tiempo, como mencionamos, gran maestre de una orden de caballería. Ésta se llamaba de Aviz, y de ella tomó él el nombre para la casa real. El hecho de que un monarca de tal significación como Juan I (1385-1433) fuera maestre general de una orden de caballería, a pesar de ser bastardo real, fue muy importante para su reinado, pues Portugal era hasta la baja Edad Media un Estado de cruzados.⁴ La Orden de Aviz, una rama de la castellana de Calatrava, fue fundada ya en el siglo XIII, pero alcanzó muy nueva importancia durante los últimos años del XIV y durante el XV,⁵ precisamente porque su gran maestre fue elevado a la realeza. El renovado pensamiento caballeresco lleva entonces a los príncipes de Aviz, hijos del gran maestre, la *inclita geração, nobres infantes* de Camões, a reemprender la lucha contra el Islam, que es ya una preparación de los descubrimientos. La empresa contra Ceuta el año 1415 es una acción dinástica en la que los hijos del Rey entran muy conscientes de su doble cualidad de príncipes y de caballeros de Aviz.

Esta situación portuguesa queda enmarcada en la época del temprano renacimiento europeo, y no fuera de ella. Tan sólo pocos años antes —en 1408—, el rey Segismundo de Hungría había fundado la orden magiar del Dragón, precisamente en una época en la que su reino era amenazado seriamente por los turcos por primera vez, con-

4. Me refiero en general al bello libro de Gonzague de Reynold, *Portugal*, Salzburgo y Lipsia, 1938.

5. A. Sergio de Sousa, op. cit., pág. 29.

virtiéndose así en el portaestandarte de la lid contra el Islam y por lo tanto de una cruzada. Al ejército de caballeros del rey húngaro se unió además el heredero de Borgoña, Juan sin Miedo, a la sazón conde de Nevers; el infante portugués Pedro se acercó a Segismundo también, muchos años después, desde el lejano oeste hacia la fortaleza de Buda, en un viaje ya mencionado. Su hermana casó con Felipe el Bueno, el hijo y heredero de Juan sin Miedo.

El matrimonio de Isabel de Portugal con el duque de Borgoña dio a este último la ocasión de crear la más importante orden de caballería de la Edad Media: la del Toisón de Oro.

3

Los borgoñones llamaron a su nueva orden y a su extraño emblema *une religion*. Y hablaban de los portugueses como de los *chevaliers de la religion de Avys*.⁶ Las altas exigencias de sobriedad y obediencia, castidad conyugal y perfección personal caballeresca que la orden imponía a sus miembros y la profunda, casi religiosa seriedad, con la cual dos muy diferentes, pero muy significativos príncipes, como Carlos el Temerario y su biznieto Carlos V conducían los asuntos de la orden, excluyen ya de antemano que la palabra *ordre* —como dice un sabio historiador— implicara «muchos significados anorgánicamente mezclados, desde la más alta santidad, hasta los de la sobria compañía».⁷ Nuestro historiador expresa esto, sin duda, pero su toma de posición no queda clara, sino vacilante; «los votos del faisán y la garza nos parecen vanidosos y engañosos», prosigue, y añade: «A no ser que notemos hasta en eso la pasión que todo lo ha llenado».⁸ Cuando escribió su famoso libro, *El otoño de la Edad Media*, los paralelismos entre las altas culturas y las primitivas no sólo habían sido ya descubiertos, sino que habían sido utilizados por las diferentes ciencias del espíritu y la sociedad. Huizinga llegó a utilizar estas

6. J. Huizinga, *Herbst des Mittelalters*, Stuttgart, 1939, pág. 117.

7. *Ibid.*

8. J. Huizinga, *op. cit.*, pág. 123.

nuevas perspectivas intercalando en su texto frases como la siguiente: «Quien quisiera considerar como mera casualidad la relación del espaldarazo caballeresco, el torneo y la orden de caballería con los usos primitivos, se dará cuenta de que no cabe ninguna duda, al ver que en los votos de los caballeros hay un carácter netamente bárbaro».⁹ Y añade: «Son verdaderos *survivals*...». De esta manera nos debe una aclaración, que no da, y que consiste en decirnos cómo se imagina él la infiltración de estos restos de la cultura india, judaica y normada —que enumera como ejemplos— en el mundo caballeresco del Renacimiento.

Y se queda sin darnos la explicación porque ésta no es posible. En el caso de esta Orden del Toisón de Oro no se trata de «auténticos *survivals*» donde «hay un carácter netamente bárbaro». No se trata de «raíces» que «arrancan de los usos sagrados de un lejano pasado», como él afirma,¹⁰ sino de *la manifestación de una gran imagen arcaica*, que —para decirlo así— *atacó* al pensar de los fundadores y representantes de la nueva idea caballeresca y lo obligó a cambiar los conceptos heredados en su sentido.¹¹ Como en cada fundación auténtica que es, al mismo tiempo, creación, tenemos aquí un momento de alegre reconocimiento, de un visionario acercamiento a la realización, que recuerda la inspiración. Puede entonces preguntarse uno: «¿De dónde arrancó la nueva idea que con tan elemental fuerza empujó a la conciencia?, ¿de dónde tomó aquella fuerza con la que se apoderó de tal manera de esa misma conciencia?».¹²

La nueva idea adquirió fuerza renovada con los miembros de la nobleza borgoñona que en 1429 habían llevado a la hija del rey portugués hacia Borgoña. A mediados del siglo xv la travesía marítima desde los Países Bajos hasta Lisboa era una empresa aventurada.

9. Íbid., pág. 122.

10. Íbid., pág. 115.

11. C. G. Jung, *Über die Psychologie des Unbewussten*, 5.ª ed., Zurich, 1942, pág. 123.

12. Íbid.

Además el viaje, y el de vuelta en especial, muy peligroso. Al mismo tiempo pensaban los viajeros que zarpaban hacia el lejano, nunca visto sur, conocido sólo por fantásticas historias de viajeros, y que se habían atrevido a tanto para hallar una doncella real para su monarca: ¿qué podremos decir de ella? Provenía de un país rodeado de multicolores leyendas. Una tierra en la cual —así se decía en Borgoña—¹³ Hércules había levantado sus columnas junto al océano, las que separaban al cielo de la tierra; en la cual «el taimado y dulce Ulixes» construyó para los reinos portugueses su capital, Ulixbona... Y junto a este gran viajero Odiseo con su *afabilitas, dulcedo, comitas atque prudentia* aparecía también la figura de otro gran viajero de la antigüedad: la de Jasón. Sobre éste se cuenta en un texto contemporáneo cómo venció a la Hidra; no se trataba de un libro de cuentos, sino de un documento de enorme importancia dirigido por la corte de Borgoña a la de Portugal. La cosa no ocurrió «cortando sus muchas cabezas de dragón». Jasón ganó primero con *mansuetudine atque clementia* la inclinación de la bella hija del Rey, Medea; entonces puso él con los *medicamentis* de ella al monstruo en un sopor, para hacerse así con el Toisón de Oro, el símbolo de la suerte. El vellocino estaba en poder del siniestro dragón y a él había que robárselo. Y ya es el mito que prevalece en el pensar: los nuevos argonautas, los borgoñones, tenían que apoderarse de la hermosa hija del Rey con *mansuetudine atque clementia* para llevársela a su tierra y para su príncipe, ese noble Jasón de los nuevos tiempos, contra las fuerzas poderosas de la distancia, de la mar y de la tempestad. El viaje fue emprendido para lograr la dicha del Príncipe en todo el sentido de la palabra, y para sus caballeros en el sentido alegórico de una *religião* romántico-caballeresca.

Naturalmente, se entremezclan aquí el saber correcto con las muchas variantes de los viejos mitos en este renacimiento de Jasón y

13. En los *Quatro discursos* de J. Jouffroy, enviado del duque de Borgoña al rey Alfonso V de Portugal, impreso *in extenso* en J. P. Oliveira, *Os filhos de don João I*, 6.^a ed., Lisboa. Apéndice, págs. 434 y siguientes.

su leyenda en la corte borgoñona, a la manera típica de la tardía Edad Media. Este hecho, sin embargo, tiene poca importancia en el presente caso. De mayor interés para nosotros es el dato del diploma de la fundación de la Orden del Toisón de Oro. Ésta fue fundada el 10 de enero de 1430, día de la boda de Felipe y la portuguesa. Queda así bien claro que la embajada y su viaje habían motivado la fundación a través de la expedición que trajo a la lejana princesa a su nuevo país. Se puso a Jasón como ideal de la nueva caballería, el héroe, que había arrancado el vellocino de oro del poder del dragón, de la serpiente y del toro, y que ahora todo caballero de la orden llevaba colgando de una pesada cadena de oro sobre su corazón. Cuando la voz católica en la persona del obispo Jean Germain se levantó contra el carácter demasiado pagano de Jasón, no se identificó éste del todo con el bíblico Jedeón, con quien se le quería suplantar. Sobre los gobelinos del castillo ducal de Hesdin aparecía otra vez Jasón; y el contemporáneo Raúl Lefèvre, en su libro, se decidió por el partido de Jasón. En la fiesta famosa del Faisán del príncipe de Borgoña en 1454 también podía afirmarse la presencia de Jasón cuando el duque Felipe el Bueno alababa la lucha personal con el sultán y cuando se hizo el voto de una nueva cruzada contra los turcos sobre un noble ave, un faisán vivo.¹⁴

Con ello se afirmaba la imagen arcaica que yacía tras esta nueva creación. En Jasón, el antiguo caballero del mar y de las tierras lejanas, se miraba el cortesano del renacimiento borgoñón como en un espejo magnífico y ennoblecedor: era el ideal de la caballería de los nuevos tiempos.

4

El caballero es el hombre a caballo. *Ritter, chevalier, caballero, lovag* significan siempre jinete como ideal masculino. Pronto se nos ocurre preguntarnos qué tiene que ver este ideal masculino con un héroe

14. Otto Cartellieri, *The Court of Burgundy*, Londres, 1929, págs. 56, 59, 146; Karl Brandi, *Kaiser Karl V*, 3.^a ed., Munich, 1941, págs. 25-27; J. Huizinga, op. cit., págs. 135-137 y 387.